

El Buen Desalojo

Mario Waissbluth

Los jóvenes idealistas derrotados por Pinochet hace 35 años, y que recuperaron la democracia hace 18, son hoy los viejos retrógrados que le están devolviendo el poder a la derecha. Para la mayoría de la cúpula de la Concertación el tema de la gestión y el control de las instituciones sencillamente no está en su ADN.

“Contraloría rebate versiones de Provoste sobre escándalo de \$ 262.000 millones”. Así reza uno de muchos titulares detonados por los informes de Contraloría respecto a la SEREMI de Educación, y que a la fecha de escritura de estas líneas había desatado una histórica acusación constitucional, cuyo resultado conoceremos pronto.

Por el momento sabemos que fraude, lo que se dice fraude, no llega al 1 por 1.000 de esa cifra, lo cual habla sobre la grotesca y sibilina manipulación de la prensa. El 90% de la gente ojea titulares, y la impresión que ha quedado es de robos mayúsculos. Tal vez revisiones posteriores lleguen al 2 por 1.000.

Pero lo anterior no disculpa el fondo: la grave y reconocida ausencia de gestión y carencia de controles del Ministerio de Educación... y del Centro de Investigaciones Minero Metalúrgicas, Transantiago, EFE, Chiledeportes, Programas de Empleo, MOP Gate, y tantos otros.

Uno se pregunta por qué un SEREMI, que es un representante político del ministro en una Región, tiene que hacerse cargo de repartir, fiscalizar y asegurar la calidad del gasto de cientos de millones de dólares, materia más propia de un servicio público autónomo, profesionalizado y altamente informatizado. O por qué un SEREMI de Salud tiene que andar inspeccionando restaurantes para ver si encuentra ratones. También uno se pregunta a qué genio se le ocurrió que se podía fiscalizar la asistencia a clases de un millón de niños con 33 funcionarios, y si esa era la manera correcta de subsidiar la educación.

En general los robos, robos, no dan ni para gatos de campo. La Contraloría estadounidense, en el escándalo de la ayuda a víctimas del Huracán Katrina, reveló miles de pagos fraudulentos y duplicados, cientos de millones de dólares desaparecidos, personas inexistentes, viajes, prostíbulos, carencia total de controles. Comparativamente, si uno suma todo lo verdaderamente robado en este período democrático en Chile, debe ser una de las cifras más bajas del mundo.

El problema es otro. Para la mayoría de la cúpula de la Concertación y sus partidos, el tema de la gestión eficiente, la transparencia, y el control de las instituciones, programas y recursos públicos sencillamente no está en su ADN. La calidad profesional y formación de sus funcionarios importa mucho menos que la lealtad política, ya no digamos a su partido sino a

su facción colorina, morada, renovada, o guatona. La ejecución rápida del gasto importa más que la prolijidad. El clientelismo y la amigocracia son rampantes, al punto que hay una verdadera captura de muchas entidades públicas. Esto le va a terminar costando más temprano que tarde las elecciones, tal como le pasó al exitoso gobierno de Felipe González en España.

Hay un nuevo y paradójico elemento político en el escenario. El gobierno sostuvo, correcta y éticamente, una pelea de meses con la oposición, procurando designar un Contralor más moderno y pujante, mientras la Alianza defendía la designación de una respetable pero antigua funcionaria de esa anquilosada institución. Cosas de la vida, ganó el Gobierno y hoy tenemos un Contralor que anda en moto, y al que se le ha ocurrido cambiar a la mitad de sus autoridades superiores, aumentar las auditorías selectivas y publicar sus resultados en el sitio web institucional. Su único error es, tal vez, una rudeza mediática excesiva, y su lastre, una todavía añeja institución que va a tomar años remozar.

Entonces, es muy posible que, dada la generalizada carencia de controles en el aparato público y los masivos descuidos, nos topemos una vez al mes -como ha ocurrido recientemente- con un incidente parecido. Esto podría generar un cambio irreversible en el escenario político, con el Gobierno definitivamente contra la pared, defendiendo lo indefendible, y privado de toda iniciativa por el resto del período presidencial.

Por cierto, si la derecha (centro derecha, le dicen) llega al poder, no saben la chichita con que se van a curar. Las capturas institucionales y las modernizaciones de gestión pública toman muchos años en solucionarse en cualquier país, más difícil aún si sólo tienen cuatro años para procurar la reelección de su coalición, y peor si no tienen ni la décima parte de los mandos medios que se requieren. Le pasó a Vicente Fox en México. Ya me imagino a un Ministro del Interior de la Alianza llamando al jefe de uno de sus Servicios y pidiéndole que por favor no haga olitas, que no despida ni cambie a nadie, que no quiere demostraciones frente a La Moneda. No serían olitas, serían temporales.

El peor problema ético de la Concertación no es el clientelismo, ni el cuoteo de cargos técnicos, ni el desprecio por la gestión, ni la captura, ni los casos menores de corrupción. Es que, con la activa y alegre colaboración de la prensa, el creciente deterioro en la credibilidad del Estado que eso está provocando va a impedir -con toda razón- el imprescindible aumento en el gasto público en salud, educación, seguridad ciudadana, medio ambiente, infraestructura, innovación y protección social. Digan lo que digan los apóstoles del neoliberalismo, este gasto sigue siendo uno de los más bajos del mundo. Lo triste de la desprolijidad de la Concertación es que va a terminar costándole caro... a los mismos desposeídos que esta coalición dice defender.

Da pena y curiosidad. ¿Por qué la gran mayoría de los dirigentes de la Concertación persisten en creer que gobernar es “hacer política” y “formular políticas”, y que su implementación, o sea hacer las cosas bien y prolijamente, es un mero problema “administrativo” o, peor aun, la más fea de las palabras... “tecnocrático”?

¿Por qué farrear el tremendo éxito del retorno a la democracia? ¿Por qué farrear el incipiente despegue de un modelo atractivo de crecimiento con protección social, dándole paso

a un neoliberalismo añejo y desintegrador? No todos son así, sólo la mayoría, pero a esos irresponsables les retruco con lo que siempre les escucho: “Este es un problema político, compañero”. El verdadero problema político que han creado es creer que todo es un “problema político”. ¿Por qué, en definitiva, desperdiciar un prometedor proyecto país por falta del más mínimo rigor?

Uno intuye la respuesta. Tontos no son ni de chiste, ladrones tampoco. Formo parte de esa mismísima generación, soy amigo de muchos, y doy ambas afirmaciones por mayoritariamente ciertas. La primera vertiente de explicaciones la da un texto clásico: “una de las causas de la decadencia es el fruto del propio éxito de la organización, que cambió los paradigmas sin darse cuenta de ello”. Si en los 90 le pasó a la IBM y a Ford, o si cada cuatro años un tercio de las empresas “Fortune 500” desaparecen de esa misma lista, ¿porqué no iba a ocurrirle a la Concertación? Es el viejo adagio: “si no está roto, ¿para qué arreglarlo?”. Alguien tendría que explicarles que la democracia ya la recuperamos hace rato, por si no se han dado cuenta, y que hoy el desafío es otro.

Recuperar la democracia era, efectivamente, cuestión de “hacer política” y “formular políticas”. En la epopeya de inicios de los 90, la batalla era más ruda, y esa generación concertacionista la ganó magistralmente, con crecimiento económico y sin disparos. Pero no se han (no nos hemos) dado cuenta de que parte importante de la batalla de hoy es “hacer las cosas bien”, con menos epopeya, y ganar las elecciones por la eficiencia en el servicio público, no por su manto de ex combatientes heroicos que designan a sus camaradas de armas como jefes de informática o auditoría.

Esta primera explicación es comprensible, y hasta cierto punto perdonable. La otra es la imperdonable: no sólo no crearon, sino que le cortaron las alas a la generación de recambio, que hubiera podido ver las cosas con nuevas ópticas, abordar la economía globalizada, comprender mejor los desafíos de Chile en el Siglo XXI. Los jóvenes equivocados, idealistas e innovadores derrotados por Pinochet hace 35 años, que luego recuperaron la democracia hace 18, son hoy los mismos viejos retrógrados que le están devolviendo el poder en bandeja a la derecha y arruinando un posible proyecto socialdemócrata moderno, eficiente, que nos permita además competir en un mundo globalizado.

Esa es la rabia que me da. Ofrezco reunir con café y galletas en mi casa a todo concertacionista menor de 45 decidido a tomarse el poder de sus partidos y formular un proyecto país, de una socialdemocracia del siglo XXI, con un estado transparente y eficiente. El asalto al Cuartel Añejo. Este es el verdadero y necesario, el buen desalojo. Prometo servir el café y retirarme.